



El presidente Maduro

Jueves 14 de marzo de 2013, 20:41h

El llorón Nicolás Maduro –cuyo patético pucherete de tirano me recuerda la genial interpretación de Nerón por el maestro Peter Ustinov –no pasará a la historia por su decisión de embalsamar a Hugo Chávez para que “perviva para siempre”. Lamentablemente los mantenedores de otras satrapías se le adelantaron y será una momia más junto a las de Lenin, Mao, Kim Jong-il o Ho Chi Minh. Ahora bien, como en ningún otro país, en Venezuela se ha adelantado el concurso de ideas para la frase a escribir al pie de la urna de cristal en la que se exhibirá el cadáver del santificado déspota. Por el momento va ganando por goleada el teniente Escalona, su ayudante, que con remango aseveró: “No estás muerto comandante, sólo descansas” (nota: el plazo para concurrir aún no ha concluido, ¡dése prisa cualquier interesado!).



ENRIQUE ARNALDO

Catedrático y Abogado

[331 artículos](#)

Con independencia de la genialidad del teniente, en la teatrología del postchavismo quedará para siempre el juramento de Maduro como Presidente, del que deberían ofrecerse DVD´s promocionales con todas las ediciones de periódicos en papel, con el fin de amenizar cualquier tertulia. Sus palabras merecen ser grabadas en letras de oro: “Juro con la lealtad más absoluta al comandante Hugo Chávez que cumpliremos y haremos cumplir con la mano dura de un pueblo dispuesto a ser libre”.

Hubo un irónico profesor, y político transitorio, que escribió algo así como que una vez cumplido el acto formal del juramento, el cargo público queda liberado y puede hacer lo que tenga a conveniencia. Es un mero requisito pero de cuyo incumplimiento no se derivan responsabilidades jurídicas. Maduro, el conductor de autobuses revestido de los galones bolivarianos, se había saltado la Constitución antes de prestar el juramento de cumplirla. A pesar de la expresa prohibición se dejó investir como Presidente en lugar de que fuera el militar que preside la Asamblea quien asumiera provisionalmente el cargo hasta la celebración de elecciones.

Su juramento es bananero. Primero, porque sitúa la lealtad a la persona por encima de la lealtad a la Constitución, afirmación característica de los regímenes totalitarios en los que la legitimación del poder, en los términos weberianos, es la carismática. Por eso, con no poca sorna alguien ha escrito que: “En Cuba manda el hermano de un muerto. En Argentina manda la esposa de un muerto. En Corea del Norte manda el hijo de un muerto. Venezuela es la campeona: allí manda el muerto”.

Segundo, porque hacer respetar la Constitución con mano dura es tanto como confesar que no se cree en la separación de poderes, que se está dispuesto al empleo de la fuerza (incluso bruta) y que se amenaza con el hecho ya constatado de que el que se mueva un poquito no sale en la foto y puede caer en un apartadero a la sombra. ¡Y qué decir de la identificación de la libertad del pueblo con chavismo! Berlusconi ha intentado hace unas semanas resucitar a Mussolini, que parece tomar vida en otro continente.

...nuchano de palabras para cambiar la parcialidad del presidente de la Asamblea, Diosdado, quien, puesto en pie, interrumpió el discurso de Maduro para prorrumpir en un aplauso entusiasta. Si levantaran la cabeza Bryce, Hamilton, Burdeau, Kelsen y tantos otros constitucionalistas, se quedarían estupefactos ante la parcialidad de quien es el representante del Parlamento, órgano de la pluralidad política.

Pero da igual. Todo vale para quienes se han apropiado del poder y no tienen intención alguna de soltarlo. Las elecciones que allí se celebrarán en abril difícilmente serán libres, justas y competitivas, porque para ello debe estar garantizada –y no lo está– la igualdad de condiciones entre los candidatos. Y uno tiene el poder y su aparato burocrático presupuestario y mediático, y el otro... el otro tiene... mucho entusiasmo.